

“Te diré que no es un paraíso pero marcha a pasos agigantados...”. Relatos de viajeros argentinos de izquierda sobre la Unión Soviética.

Neme Tauil y Ricardo Martín.

Cita:

Neme Tauil y Ricardo Martín (2013). *“Te diré que no es un paraíso pero marcha a pasos agigantados...”*. Relatos de viajeros argentinos de izquierda sobre la Unión Soviética. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/184>

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 21

Título de la Mesa Temática: Estudios de Rusia y de Europa Central y Oriental

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Martín Baña (UBA/CONICET), Claudio Ingerflom (CNRS/Centro de Estudios de los Mundos Eslavos y Chinos/UNSAM), Tomás Várnagy (Fac. Cs. Sociales/UBA)

“Te diré que no es un paraíso pero marcha a pasos agigantados...”.

Relatos de viajeros argentinos de izquierda sobre la Unión Soviética.

Apellido y Nombre del autor Neme Tauil, Ricardo Martín

*Pertenencia institucional Cátedra de Historia de Rusia, Departamento de Historia,
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*

Correo electrónico rmneme@gmail.com

<http://interescuelashistoria.org/>

Introducción

La Revolución Rusa de Octubre colocó frente a un inmenso estado a un grupo político cuyo proyecto decía buscar la abolición de la explotación del hombre por sus pares para conducir a la sociedad a mundo comunista. La inmensa originalidad de este acontecimiento respecto de las experiencias políticas previas, si bien en lo inmediato no siempre fue reconocida (Ferro, 1967:149-154) no tardó en generar ríos de tinta por todo el mundo. Para ese momento la Argentina ya poseía una primera generación hija de los inmigrantes llegados a fines del siglo XIX y que además gozaba de una tasa de alfabetización relativamente alta. Diarios y revistas se disputaban en el mercado editorial no ya a las viejas elites letradas sino a los sectores medios y populares (Sarlo, 1988:13-29). Si bien hacia 1917 ya la Ley Saénz Peña había otorgado un cierto lugar a estos sectores en la vida política nacional, nada había borrado de la memoria las medidas represivas del estado hacia la clase obrera, ni mucho menos las había eliminado de la agenda. La Semana Trágica y la Patagonia Rebelde son los dos ejemplos más descollantes de lo agitados que eran aquellos tiempos. El mundo intelectual, atravesado en múltiples modos por las ideas de las vanguardias y la nada desdeñable influencia de la Reforma Universitaria de 1918, nunca dejó de plasmar los profundos cambios y los terribles malestares que vivía la sociedad argentina en acelerada modernización. No es de extrañar, pues, que la Revolución Rusa haya despertado el interés tanto dentro del campo intelectual, con personalidades consagradas como Jorge Luis Borges o José Ingenieros, así como fuera de él, sobre todo en los inmensos sectores medios y populares, independientemente que adscribieran a ideas anarquistas, comunistas, socialistas, etc. Para muchos la revolución devino fundamento de acción (Sarlo, 1988:121-153), tuvo el poder de articular grupos intelectuales y generar compromisos, y sobre ella durante muchos años perfectamente pudieron ignorarse las contradicciones (Saítta, 2001).

En la Argentina, así como sucedía en buena parte del planeta, en las décadas de 1920 y 1930 circularon gran cantidad de imágenes de la vida en lo que a partir de 1922 se conocería como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). El campo intelectual argentino durante esas décadas se hizo eco de los acontecimientos que ocurrían en Europa, y lo que ocurría en la URSS no fue la excepción (Gramuglio, 2001). Desde relatos apologéticos en extremo, tanto oficiales como de personas no vinculadas al gobierno bolchevique, hasta los más furiosos ataques, se iban construyendo con diversas apelaciones un conjunto de sentidos comunes respecto de la URSS. En este

torbellino de piezas fragmentarias los relatos dejados por los viajeros que decidieron describir su propia experiencia jugó un papel muy importante.

Algunos intelectuales argentinos, como Ernesto Quesada, ya habían ofrecido sus propias versiones de la Rusia zarista (Terán, 2000). Irrumpían ahora en la oferta editorial los escritos de viajeros cuyas extracciones sociales eran notablemente menos acomodadas que sus antecesores, quienes se encargaban de traer a la Argentina las gloriosas imágenes de la vida en la URSS. Filiados con el pensamiento de izquierda, Rodolfo Ghioldi, León Rudnitzky, Elías Castelnuovo, Aníbal Ponce y Alfredo Varela constituyen un grupo de cinco notables viajeros cuyos relatos en parte fueron recientemente compilados por Sylvia Saítta (2007) y que tuvieron un peso considerable en la creación del mito revolucionario, un mito que operó para dejar el retrato de una sociedad sin pobres, donde obreros y artistas ocupan un lugar diferente de el que el capitalismo les asignó, donde por fin la propiedad privada está perimida y donde las restricciones sexuales o la hipocresía no son más trabas para el pleno desarrollo del hombre (Sarlo, 1988; Saítta, 2007).

El presente trabajo se propone hacer un análisis de cómo la literatura de viajes escrita por argentinos filiados a la izquierda fue funcional a conferirle operatividad al mito revolucionario generado por la Revolución Rusa, como he referido antes, en la sociedad argentina en general y en el campo intelectual de las izquierdas en particular, sobre todo entre 1917 y mediados de la década de 1950, momento en el célebre Informe Secreto de Nikita Jruschov obligó, a partir de una crítica desde el interior de la ortodoxia partidaria, a muchos de los fervientes adeptos al socialismo soviético a no ignorar más algunas de las contradicciones en las que venía desarrollándose.

Soy consciente de lo arbitrario del punto de corte, pero dado que esta presentación es parte de un proyecto mayor y en vista de las limitaciones impuestas, he decidido situarlo allí.

Imaginarios sociales, utopías y relatos de viajes

Las representaciones colectivas del pasado han sido siempre fuente de disputa. Bronislaw Baczko (1991), a pesar de estar influenciado fuertemente por postulados genéricamente conocidos como posmodernos y por la visión totalitarista de Hannah Arendt, visiones ambas con las cuales tengo yo profundas divergencias, hizo un brillante análisis sobre el tema. Su obra, no casualmente, surgió como un fruto no esperado de sus indagaciones en la literatura del género utópico en el siglo XVIII. Para

comprender esto se hace necesaria una breve referencia a Utopía de Thomas More, obra paradigmática y de la cual tomaría su nombre el género literario y que contiene una suerte de programa antagónico al la razón de estado de su contemporánea El Príncipe, de Niccolò di Bernardo dei Machiavelli (Skinner, 1993). Fue un modo de percibir un programa político, que responde a las diferencias entre las aspiraciones y las condiciones de la realidad que eran entendidas como desgraciadas (Davies, 1985). El género utópico, a diferencia de otros géneros fantásticos nacidos en la misma época (Arcadia, Cucaña, República Política del Virtuoso, Milenarismo) tiene el rasgo particular de provenir de un legislador: busca crear una ley que se imponga sobre el ciudadano, donde el estado utópico es un sistema igualitario sin propiedad privada. La obra está relatada en primera persona y tiene el encuadre del típico mito urbano, de alguien que le contó algo increíble a un conocido de alguien más. Expresa temores y prejuicios que circulan en la sociedad. La literatura utópica, y su versión especular en la llamada distopía, donde se advierte sobre una sociedad a la que se podría llegar, influyó fuertemente en la teoría política moderna (Davies, 1985; Skinner, 1993).

La literatura de viajes que nos convoca acá está clara y explícitamente nutrida de este paradigma. De hecho, Utopía es un relato de un viaje. Allí hay un juego ambiguo permanente, donde el lugar sí se menciona pero está negado por su mismo nombre. Otro tanto ocurre con el relator, el río, la ciudad capital, etc. Exactamente lo contrario ocurre en la literatura de los viajeros que veremos: una forma de garantizar la realidad del paraíso utópico que se describe es anclarlo a lo terrenal hasta con el más sórdido detalle. Son parte de los esfuerzos por imaginar una sociedad de felicidad total. Así, “soñar con una sociedad perfectamente transparente cuyos principios fundantes se encontrarían en cada uno de los detalles de la vida cotidiana de sus miembros, una sociedad cuya representación sería la imagen fiel de la realidad, por no decir el simple reflejo, es un tema constante de las utopías a lo largo de los siglos,” (Baczko, 1991:8) inmediatez que veremos en varios de los textos pero sobre todo en el relato de Elías Castelnuovo.

Los relatos de viajeros argentinos de izquierda a la URSS se entienden aquí bajo esta óptica, la de una construcción de un dispositivo cultural, de una ficción en la cual se describe un paraíso terrenal que no es más ni menos que el modelo en función del cual se quiere transformar la sociedad argentina. El efecto pedagógico deseado, unido a la alta difusión que tuvieron las obras, es perfectamente factible de ser encuadrado en las disputas por las representaciones colectivas, que en este caso exceden al pasado, e involucran al presente y al futuro.

Los sueños de una sociedad distinta ya no se ubican, como dice Baczko (1991), en una isla imaginaria, y de ahí la *tarea* del viajero a la URSS; en una revolución que tiene poco de ocurrida, llevan en sus espaldas la necesidad de forjar representaciones, símbolos y emblemas que legitimen y engrandezcan a un tipo de poder, y con ello contribuir a nutrir a los imaginarios sociales de izquierda. La representación que los hombres hacen de sí mismos, siguiendo al mismo autor, también hace a su historia aún cuando dicen acercarse científicamente a una situación que se construye como real o verdadera (Baczko, 1991:7-13). El naciente régimen era un campo propicio y ofrecía un momento particularmente útil para hacer este tipo de construcciones; cierto es que muchas eran heredadas de la Revolución Francesa, pero acá aparecen otras completamente nuevas o resignificadas. De hecho, casi ningún autor de los analizados aquí hizo una referencia directa a la Revolución Francesa, en tanto el experimento soviético se presentaba como único y singular.

No quisiera continuar sin destacar la importancia que cobra en este tipo de artefacto cultural el hecho de estar contruidos por un testigo presencial u ocular. Es un recurso muy frecuente el destacar que el autor estuvo en el lugar de los hechos para derivar de ello autoridad narrativa y colar los juicios de valor como algo naturalizado, como una descripción más y con toda la objetividad posible. Entre los miles de ejemplos, uno particularmente ilustrativo es el de la *Verdadera Relación de la Conquista del Perú* de Francisco de Xerez, secretario y escribano de la expedición de Francisco de Pizarro, donde se relatan los hechos del encuentro con el Inca Atahualpa (Seed, 1991).

El cambio en la Modernidad: el tránsito a la utopía

¿Hay acaso algo más propio de nuestra Modernidad que el cambio cotidiano y permanente? Rogelio Paredes (2004:13-17,23-25,30-33), entre otros autores, pone el énfasis allí para destacar un rasgo propio de estos nuevos tiempos. A diferencia de escritores como Jorge Luis Borges, que miraban con cierta nostalgia al pasado y se veían angustiados por el perene cambio, nuestros viajeros saludaban al futuro y sus profundas alteraciones, que sin más preámbulo colocaban en la sociedad soviética. Y, por si esto fuera poco, acá el cambio es celebrado, ensalzado, moralizado y aconsejado. El tránsito a la utopía moderna fue violento y casi sin presagio (Paredes,2004:37-38). Claro está, creo yo, que el tránsito no fue único. Tal vez el tránsito ruso a la utopía fue aún más violento y más radical, aunque claramente no sin presagios, todo lo cual muchos de los viajeros argentinos supieron destacar correctamente. Elías Castelnuovo

(1933), Alfredo Varela (1950) y otros pusieron en la mente de los líderes de la revolución, y sobre todo en Lenin, a héroes diagramadores que calcularon milimétricamente el futuro y asignaron los recursos de modo racional para construir casi desde cero una sociedad nueva, distinta y previsible.

Los anhelos de diseñar una sociedad justa y libre que rompiera con el pasado atado a los privilegios de cuna comenzaban a saltar en múltiples manifestaciones artísticas. Ya en ese entonces la literatura argentina no era ajena a la tradición utópica (Weinberg, 1976). Al menos dos utopías estaban en la escena y por su contenido religaban íntimamente al movimiento obrero. Una, la de Julio Dittich, de 1906, imaginaba a la ciudad de Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista. La otra, de Pierre Quiroule, de 1914, era el sueño de construcción de una ciudad anarquista americana, que a sí misma se veía como obra de construcción revolucionaria.

Tocar y ver la revolución: los viajeros y sus viajes

Si bien hasta este punto he adelantado muchas conclusiones sobre los textos construidos por los viajeros a la Unión Soviética, recién en este acápite me detendré en ellos un poco más atentamente. Debo expresar mi deuda con la selección que hiciera hace unos años Sylvia Saítta (2007), cuya publicación me resultó muy estimulante y me empujó a recavar más material e intentar acceder a él con ojos de historiador.

Ante la pregunta de cómo se forjó la imagen de la Unión Soviética en la Argentina una de las vías más obvias resultan los libros que la retrataban. Hubo múltiples relatos de viajes a la URSS, muchos de los cuales correspondían a extranjeros cuyas traducciones se editaban en suelo argentino. Incluso, desde antes ya existían relatos de viajes de argentinos, en su mayoría provenientes de las elites, a Rusia de los zares. Lejos de querer quedarme en un análisis estético puro, mi inquietud estaba en reconstruir aquellas fuentes de las cuales se nutrió la izquierda, con la vaguedad que el término implica, para armar en nuestro país su propia imagen de la Revolución. Y para ello, y teniendo en mente lo dicho en los apartados anteriores, ninguna fuente es más privilegiada que aquellos relatos de viajeros que, siendo argentinos, escribieron con referencias culturales claramente comprensibles al lector local.

Uno de los relatos más tempranos pertenece a Rodolfo José Ghioldi (2007 [1921]), fundador y dirigente del Partido Comunista Argentino. Se trata de dos breves artículos publicados en *La Internacional* en agosto y octubre de 1921, a escasos cuatro años de estar instalado el Partido Bolchevique en el poder. En él sorprende el énfasis que pone

en sus descripciones de lo voluntarista, deliberado y consciente del régimen soviético, y lo racional de su planificación, más si tenemos en cuenta que la economía planificada aún estaba mucho menos desarrollada que como la llegaríamos a conocer años después. El dominio de la naturaleza (ya sea para vencer una catástrofe en el Volga o hacer un cálculo de horas que se entregarán como trabajo) será un tema que luego habrá de aparecer en repetidas ocasiones a lo largo de la literatura soviética, y entronca a este relato en la raigambre más iluminista del socialismo. A la vez convive con una matriz romántica, llena de sentimientos del autor, matriz perfectamente compatible con la primera (Adamovsky, 2007). La solidaridad y el sacrificio físico serán dos valores que crucen ambas matrices en su descripción.

Como los otros que le habrían de seguir los pasos, su descripción del cruce al lado soviético dibujará un esquema un tanto maniqueo: del lado capitalista quedaron la falta de libertad para comunicarse, el ambiente pesado y maloliente de las ciudades, la policía molesta, la desconfianza. Del lado comunista, todo lo opuesto: hay autos veloces, todo es ligero, eficaz, rojo, higiénico, desafiante, digno de confianza y, por sobre todo, está teñido de internacionalismo.

También será uno de los primeros en darle un valor redentor a la Revolución Rusa, que inauguraría una época inminente donde sólo comerían aquellos que produjeran. Su profetismo es casi religioso, así como la fe que le profesa al comunismo. Tanto es así que intentó convertir a los sindicalistas y puso como ejemplo a un anarquista convertido. Es más, el comunismo era para él una religión en armas, sus adeptos eran soldados y la propaganda, una suerte de catecismo. Como tantos otros que irían luego, le llamaba mucho la atención el papel destacado que la mujer tiene en el recién creado sistema.

En 1927, con motivo de los diez años de la Revolución, viajaría el periodista de *Crítica* nacido en Rusia pero exiliado en Argentina León Rudnitzky (Saítta, 2007 [1928]). Publicaría en tres entregas en el diario en el que trabajaba entre mayo y junio de 1928 su verdad. Su imagen es algo diferente de la de Ghioldi: veía que los cambios ocurrían con lentitud, pero está seguro de que en breve la URSS se definiría como una potencia universal. Preocupado por que sus lectores sientan garantía de objetividad en sus descripciones, sacó a relucir el hecho de que, como nacido en esa tierra a la que no veía por veinte años, hablaba ruso. Sin embargo, le resultó un lugar desconocido a su llegada, un lugar donde algo había cambiado radicalmente y ello alimenta sus ansias de ver en directo a un proletario ruso, por el simple hecho de vivir bajo un régimen

proletario. Claro está, tras ver algunos se dio cuenta de la ausencia de algo particular en ellos.

Más allá de caer en el lugar común de demonizar a la aduana, es interesante ver cómo describe un sistema burocrático que ya en ese momento comenzaba a perfilarse como gigantesco. Sentía, evidentemente, un cierto rechazo por el régimen, pero ello no le impidió rescatar la higiene pública o detalles que hoy para nosotros serían de avanzada, como el no fumar en lugares públicos.

El estilo del relato, más aún si se contrapone a la sencillez de aquél de Ghioldi o el que veremos de Elías Castelnuovo, un estilo algo grandilocuente, muy hispanófilo, con referencias ancladas a la cultura española, más bien ligada a sectores de elite argentina. Está escrito en un muy molesto plural mayestático, que choca más aún cuando lo usa para describir situaciones en las que se quedó solo.

En el momento de su viaje ya existía, por lo que nos cuenta, una joven generación que no conocía la lógica no soviética, y a la que le costaba entender que en el mundo capitalista hubiera dueños de empresas, más aún si éstas eran grandes. Todo, nos dice, hasta la labor periodística, funcionaba como una filial del gobierno. En última instancia su pensamiento sí es de izquierda y, preso de muchas limitaciones teóricas de la época, festeja el hecho de que “allí existe un gobierno socialista que representa a obreros y a campesinos, el que por todos los medios posibles trata de implantar tal régimen” y sostiene que, lejos de tratarse de un accionar vago, “los bolcheviques rusos han echado sobre sus hombros una acción directa, emprendiendo la lucha gigantesca, tratando de realizar el sueño dorado de los desheredados y de los oprimidos” (Saítta, 2007 [1928]:79). Destacó lo bueno de que el régimen fuera colectivista e instó, curiosamente en 1928, a una política de frentes populares para defenderse de sus enemigos. Hoy puede parecernos obvia la comparación y más aún en la academia, pero tal vez en ese entonces y a un amplio público esto no era así, y se trata de una de las pocas referencias en los textos analizados aquí a la Revolución Francesa, donde recalca el paralelismo de la extracción plebeya de sus grandes héroes. Es un autor muy sensible a la gran cantidad de derechos conquistados, sobre todo en el caso de la mujer, y recuerda el continuo sufrimiento al que el pueblo se vio sometido, desde el zarismo, pasando por la Primera Guerra Mundial, la revolución y luego la guerra civil. Es por ello que también destaca, consciente de todo lo que restaba hacer, la función redentora de la revolución, de barrer con la “sociedad vieja y podrida” (Saítta, 2007 [1928]:82).

El relato que nos ha legado en dos partes Elías Castelnuovo (1933)¹ es sin lugar a dudas el más apasionado, el más palpitante, el más vívido de todos. A pesar de profesar una descripción hecha con frialdad y prometer desde su misma introducción “un examen desapasionado de los hechos” (Castelnuovo, 1933:5) la emotividad y el entusiasmo atraviesan de punta a punta todo el texto.

Fundador junto a otros en los 1920s del grupo de Boedo, fue un escritor más bien vinculado al anarquismo. A su regreso a Buenos Aires la policía le requisó todas sus notas de viaje, por lo que el relato es una reconstrucción de memoria.

Singular como pocos, ágil, de prosa sencilla, lleno de detalles sabrosos, el relato de Castelnuovo es la imagen misma de la revolución como parteaguas en la historia humana. Su revolución funciona como algo bruto, como una fuerza intempestiva que arrasa con el pasado y que es capaz con ello de redimir a Rusia. No creo que sea casual que nos recuerde que Rusia es Asia (Castelnuovo, 1933:19) y no Europa. En funcionamiento, el régimen le parecía algo tosco o bruto, pero fabuloso. No hay que perder el tiempo y distraernos en la falta de detalles, como la carencia de jabón (Castelnuovo, 1933:34). Tampoco es algo comprensible para grandes intelectuales; allí vale más el razonamiento riguroso de un obrero que las complicadas construcciones teóricas de un escritor de profesión (Castelnuovo, 1933:9-13). Es el mismísimo mundo de la espontaneidad, donde nada está mediado por nada. Su interpelación al lector argentino es una marca distintiva: habla en lenguaje coloquial argentino, habla de su época y de sus traumas, de Uriburu y el golpe, de los ranchos, de la pobreza, etc.

Stalin ya está presente en el relato, pero está aún tapado por los logros del régimen o por figuras como Maxim Gorki. De todos modos, seducido el viajero por el estalinismo en su momento de auge, no es casual que al ver en funcionamiento los altos hornos de Magnitogorsk le pareciera “magnífico” (Kotkin:1997). Es más, siente un profundo desprecio por George Bernard Shaw por llamar dictador a Stalin. Es más, el foco de sus descripciones está puesto en gente que despreciaba, por ejemplo, a Lev Trotsky, y que aparentemente estaba genuinamente convencida de que Stalin era el representante de las masas, de las cuales tenía apoyo incondicional. Algo similar le ocurre con Panait Istrati, escritor rumano muy popular en su momento, ferviente entusiasta de la Revolución, quien, tras largos viajes, sufrió un desencanto con el estalinismo.²

¹ Lamentablemente sólo tuve acceso a la primera en forma completa.

² Istrati tuvo ambiguas posturas políticas tras salir de la URSS. Por un lado, realizó varias críticas por izquierda al régimen soviético de entonces. Creía, por ejemplo, que el juego aún no estaba cerrado y que

El propósito de Castelnuovo muchas veces está en desmitificar rumores que circulan sobre la Rusia soviética y da profusos ejemplos para ilustrar cada punto, así como explicaciones para aclarar aquello que aparenta ser contradictorio. Es el caso, por citar uno, de la frontera cerrada, como modo de protección de la burguesía vecina, y sobre cuyo cruce se decía todo tipo de historias, incluida la de conducir irrevocablemente a la muerte. Será tal vez porque el relato de viajes funciona como un mito urbano más, que prefirió atacar a los mitos urbanos de modo tan persistente.

“Yo ya sé bien cómo es la realidad del otro mundo. Me interesa, ahora, conocer la realidad de éste. No lo que se escribe o lo que se dice por allí, sino lo que puede verse. Lo que se ve: se ve, y es innegable, porque es un hecho.” Todo un manifiesto de intenciones, y prosigue “tocar con la mano la realidad” (Castelnuovo, 1933:68).

Nos pinta un país de gente amable, espontánea, aunque muchas veces falta de delicadeza, donde la vigilancia casi no existe por la misma naturaleza de la Revolución, el ser de clase. La belleza de todo lo bruto, lo directo está expresado hasta en su escritura sin pretensiones de erudición.

La Revolución, nos cuenta, instaló el ateísmo, y hasta los sin partido son simpatizantes del régimen. La emulación socialista es casi un sistema de vida, y todos, desde el más bajo en la escala al más alto general o el más laureado profesor, son capaces de hacer trabajo duro, de meterse en el fango, de cargar al hombro una valija pesada o de caminar largas distancias con tal de no ser un *carnero* del régimen al contratar los residuos de *nepmen* que quedaron y que funcionan como cocheros. La nueva vida que se abrió paso eliminó todo trazo de sentimentalismos y mediaciones, según él, e instauró vínculos directos y respetuosos. La aritmética es entonces ejercitada todo el tiempo por todos, y sus efectos se perciben sin tapujos: se razona así, se puede calcular cuándo un plan quinquenal suprimirá las colas, permitirá a cada ciudadano acceder a un auto o

los ciudadanos soviéticos todavía eran dueños de sus destinos a pesar de los grandes problemas que ve en la falta de democracia del partido, en la prensa, en la presión que sufren la ciencia y la literatura, la justicia que juzga y condena sin presencia del acusado, y la falta de iniciativas individuales en la producción. Marca además la discontinuidad entre Lenin y Stalin, y destaca que si bien por un lado la Revolución Rusa sobrevivió a sus peores calumnias tras la muerte del primero, los dirigentes sucesivos la expusieron a un peligro mayor, el de la aprobación fanática, más nociva y aberrante. Lo interesante de su relato es que es seguido por una catarata de datos armados solamente con fuentes soviéticas y que él confrontó con lo visto. Desconfía de todo, y hasta pone en duda la existencia misma de instalaciones que el estado soviético dice tener y sobre las cuales emite estadísticas. (Istrati, c.1930) Sus tempranas advertencias sobre la distancia entre el discurso y la realidad probablemente haya sido lo que más irritó a los oídos de Castelnuovo. De todos modos, Istrati se uniría luego al grupo fascista y ultranacionalista Guardia de Hierro.

eliminará por completo el dinero circulante. Es más, siempre será la línea recta el camino elegido ante la curva, por ser más eficiente para cumplir los objetivos.

Su relato también adolece del dualismo de otros: todos los males de nuestro tiempo se colocan en el capitalismo, y todas las ventajas del lado soviético. Un ejemplo claro es el funcionamiento del tranvía: es un transporte público eficiente, que si bien se llena, todo el mundo se aprieta para dejar entrar a alguien más ni la gente se pelea por el espacio; es más, nadie aprovecha para tocarle el trasero a una muchacha en la congestión. Las profesiones despreciadas del lado capitalista, como un canillita que debe ir a los gritos ofreciendo sus periódicos en días fríos, son aquí puestas en función del bien común y a sus obreros se les brinda el mismo respeto que a cualquiera. “El soplo de libertad, de una libertad nunca vista, comienza a acariciar el cuerpo y el alma del viajero” (Castelnuovo, 1933:59): la URSS no es otra cosa que el retorno al paraíso, “el retorno a la realidad social que había sido desnaturalizada por la burguesía” (Castelnuovo, 1933:59).

Es tan enfático en ello que yuxtapone esto a lo que se vive por entonces en la Argentina: los primeros años de la llamada *década infame*. Pone en boca de sus amigos un análisis de la realidad argentina, donde Uriburu es un agente de la banca norteamericana, que por su detalle dice que él por entonces no lo veía tan claro. Es más, por ello hace dudar de la veracidad del diálogo. Tal vez esté colando sus propias opiniones como modo de hacerse menos vulnerable a la policía argentina.

Esta tabla rasa que fue la instalación del nuevo régimen y la aceptación natural por parte de todos del nuevo código de convivencia, haya, sin embargo, una curiosa explicación de porqué anidó tan bien en Rusia. Su causa, nos dice, está en la raza, algo que a la vez es ancestral o técnicamente inmutable por la forma en que la describe; evidentemente si explica su presente así, difícil es sostener el porqué de tantos siglos de regímenes anteriores. De todos modos, sería una disquisición en la cual Castelnuovo es poco probable que haya querido incursionar.

No sólo está pasmado con el importante papel de la mujer en la sociedad. La libertad sexual fue retratada de un modo sorprendente: una joven muchacha, casada, pidió a su marido sin pelos en la lengua que le preguntara a Castelnuovo, casado y con un hijo en la Argentina, acostarse con él. Según su versión, él se sintió incomodado y algo similar le ocurrió en el camarote de regreso a Berlín al tener que estar en ropa interior delante de una mujer joven y atractiva. La anécdota le valió el rechazo de los comunistas

argentinos, ya en ese entonces regido por una ética de vida que controlaba cada momento de su existencia.

Aníbal Ponce, ensayista marxista, psicólogo, docente y periodista, viajó a la URSS en 1934. Su relato está algo más cargado de una retórica intelectual, con un pequeño vuelo teórico si lo contrastamos con el resto. El mismo título de sus notas nos habla de su postura: es la visita al hombre del futuro, una conceptualización de la evolución. Es el contraste entre la Europa desgarrada por cientos de conflictos económicos y sociales, y la Rusia emergente, embarcada en sus propios proyectos. “Diríase, en efecto, que se hubiera escapado de su tiempo” (Ponce, 2007 [1938]:125). Es también una lectura de contrastes, algo binaria, donde Europa es la tierra de una sociedad que se desangra en la miseria y el oprobio, de la desocupación y del aplastamiento de las ciencias. El paso de la frontera, tema recurrente en estos relatos, es el hito que marca el desprendimiento del resto: una vez que se ha penetrado en territorio soviético los problemas se solucionan; desocupación y crisis, por mencionar algo, se borran del horizonte. El progreso ahí mismo se abre paso. “La utopía enorme, que parecía destinada a flotar entre las nubes, tiene ya en los hechos su confirmación terminante” (Ponce, 2007 [1938]:126): en esta sociedad el trabajo ha dejado de ser un tormento y el acero ha abierto paso sobre el analfabetismo y la miseria.

El razonamiento humano, y el del hombre soviético en particular, tiene un alto valor en Ponce. Puede invertir el curso de un río o hacer crecer vegetales tropicales en Siberia si así lo desea: “El hombre, como factor consciente de la evolución; el hombre, transformando a la naturaleza y a la sociedad de acuerdo a un plan minuciosamente elaborado; el hombre que ha dejado de ser el esclavo sumiso o desesperanzado para convertirse en el dueño completo de sus fuerzas” (Ponce, 2007 [1938]:129). Allí es curioso el amor que le profesa a Trofim Lysenko, quien retrasaría significativamente el progreso de la ciencia soviética.

El koljón y el Ejército Rojo son los agentes que Ponce identifica como los causantes de haber barrido el viejo sistema, pues ve en ellos la encarnación de la victoria del proletariado. Todo anticipa a su cita del vaticinio del *Anti-Dühring* de Friedrich Engels, donde el proletariado inauguraría la “verdadera historia” (Ponce, 2007 [1938]:135).

El médico Virgilio Tedeschi nos ha dejado un relato un tanto soso que podría pasar inadvertido si no fuera por algunos detalles (Tedeschi, 1935). Primero, está prologado por el mismísimo Alfredo Lorenzo Palacios, por entonces senador nacional por el Partido Socialista. Palacios destaca allí la originalidad del sistema instalado en la URSS,

donde por primera vez un pueblo conscientemente tomó la tarea de renovar totalmente la organización política y social, así como la estructura económica de la sociedad. Sin embargo, cae preso de muchos prejuicios etnocéntricos de su época: “lo que aparece, en verdad como hecho indiscutible es que el pueblo ruso se incorpora, cuando menos en las formas exteriores, a la evolución de Occidente” (Tedeschi, 1935:X-XI).

El viaje del Dr. Tedeschi estuvo motivado por un congreso internacional de fisiología, a donde asistió en calidad de delegado de la Universidad de La Plata. Cruzó a la URSS desde la Alemania hitleriana, sobre la que demuestra disgusto pero luego no retratará en contraposición a la URSS.

Se trata de un relato muy pulcro y distante. Incluso cuando ve las cosas, no se interesa demasiado. Por ejemplo, al cruzar el arco de entrada al país confía en lo que otro le dice que el cartel tenía escrito para relatarlo. Era, evidentemente, un positivista convencido. De hecho, disfrutó mucho del Museo Etnográfico de Leningrado, hecho al mejor estilo de los cánones de la antropología decimonónica.

Es sorprendente el hecho de que, aunque en un orden diferente, sigue exactamente muchos de las descripciones de Castelnuovo, e ignoro completamente si lo leyó o no antes de viajar, pero es evidente que su relato no tiene ni un atisbo de la pasión de el de aquél. Su relato del canto de los rusos durante la travesía, frente al primero que en el tren de llegada se nos evocaban mil detalles pintorescos y heroicos, no puede ser menos atractivo. Como escritor tiene muy vagos visos de apreciación al régimen, y es difícil ubicarlo como viajero de izquierda; como dije antes, es por su prólogo y su comparación con Castelnuovo que lo rescato. En este sentido, no hizo ojos ciegos a las contradicciones que observó. Su conocimiento del idioma ruso le permitió alejarse del circuito turístico oficial y charlar con la gente. Reproduce frases que probablemente hayan sido en algún punto condicionadas por sus propias preguntas, como lo tocante a la suficiencia o no del salario.

Es curioso el relato sobre el baño nudista en una playa de Yalta. Allí se bañaban por separado hombres y mujeres, y estaba prohibido que alguno cruzara el límite, pintura puritana bastante diferente de la ofrecida por Castelnuovo.

El relato se completa con un balance. Lo interesante es que el futuro de la transformación industrial soviética le resulta incierto, tras dos planes quinquenales. Es decir, no tiene las certezas de los otros autores que vimos. A vida del pueblo medio le resulta miserable y paralizada, con un bajo estándar de vida que atribuye a los

sacrificios por la industrialización. Es importante notar que sí ve diferencias materiales en la URSS entre su población.

Al final plantea que la diferencia entre Rusia y las dictaduras de otros países no es más que una diferencia de grado en la aplicación del estatismo, al que llama totalitarismo (Tedeschi, 1935:86-87).

Alfredo Varela, periodista y escritor de temática social, también nos dejó un relato muy estereotipado y mucho menos espontáneo que el de Castelnuovo de su estancia a fines de 1948 y principios de 1949 (Varela, 1950). A partir de ahora nos avocaremos a los relatos de la posguerra, donde además de los sacrificios humanos y materiales que ha significado ésta, se interpone la Guerra Fría. Nunca escapa Varela de la comparación: URSS vs capitalismo, URSS vs ONU, URSS vs Argentina, URSS vs Francia e Inglaterra., Buen ciudadano vs Mal ciudadano, etc.

A diferencia de los otros, de entrada sostiene que él sí es parcial y en ello sustenta que es verdadero lo que dice, pues otros, bajo el paraguas de la imparcialidad le resultan poco confiables. Es un relato con un fuerte olor a Guerra Fría; en los otros la burguesía es el enemigo, más amorfo y sin estar tan localizado como acá en Londres y en Washington.

Partió desde Sofía en un avión soviético que ya le anuncia la diferencia y lo fabuloso de lo que habría de ver. Sin embargo, la pintura de su llegada es completamente diferente de la de Castelnuovo: todo es más prolijo, más protocolar, hay armas, un camión petrolero. También Varela hizo gala de su cultura letrada; cuela expresiones en francés, manifiesta varias veces que lo habla y, para colmo, hasta escribe en castellano con sintaxis francesa. Castelnuovo llegó a Rusia tras una serie de peripecias en las que estuvo rodeado de gente humilde, de pobreza, de incomodidades, de suciedad; Varela no, fue un curce rápido y muy cómodo.

El mate nuevamente es la curiosidad para los rusos, como fuera para Castelnuovo y genera sospechas. Parece más bien un lugar común para relajar la lectura el colar una anécdota exagerada como ésta, pues le preguntan si es cocaína, de modo tal de ganarse un poco la complicidad del lector argentino.

Tenemos también el retrato de un hombre laureado (acá se trata de una mujer leningradense, una artista que fue su compañera de viaje en el avión) que no tiene reparos en hacer cosas que una persona común haría.

Varela hace gala de ser amigo de Jorge Amado, aunque luego éste se esfuma del relato. Juntos se colaron en una fiesta en el Palacio Obrero. Con 10 grados bajo cero en cada lugar de Moscú se hace una fiesta con baile y, sin embargo, se nos recuerda de los

recientes costos humanos que tuvo la guerra. Todo está mirado bajo la luz del sacrificio. No es el pícaro relato de Castelnuovo, sino un pesado discurso lleno de estereotipos. Y acá Stalin ya está presente en los nombres de clubes, fábricas, etc.

La Revolución según el autor ha hecho pasar a Rusia de asiática a europea. Moscú dejó de ser la gran aldea asiática para pasar a ser moderna y socialista. Es una ciudad que cambia permanentemente por el auge de la construcción: nuevamente acá el cambio es ensalzado y todo ocurre de modo planificado.

Se habla de democracia socialista, sin explicar muchas cuestiones. Más que nada termina Varela haciendo una justificación en un capítulo especial, más que una explicación, y su sustento es lo que afirma la Constitución.

Se nos pinta una vida alegre y de opulencia. En pleno invierno nadie se resfría por el cuidado de la salud. Nadie tampoco se pelea en la calle. La abundancia está en todos los artículos, hecho que explica por la planificación científica, en comparación con el mundo capitalista. Parte del relato es una alabanza sin fin a la industria pesada y liviana. Por ejemplo, destaca que con los cientos de autos aparecerán taxis, que incluso pueden pedirse por teléfono, coches que tan bien le hubieran venido a Castelnuovo a su desembarco en Leningrado. El sistema de trabajo a destajo de tipo estajanovista le parece muy acertado. Tampoco ahorra elogios para la higiene, la sanidad, la ecuación, el bienestar., etc. Hasta se da el lujo de pintarnos un arquetipo del hombre soviético al comparar dos alumnas, una mala y una buena.

Tras algunas descripciones de Leningrado y Stalingrado, ambas muy cargadas de referencias a los esfuerzos bélicos, de repente el relato de viaje queda trunco y comienza una descripción temática, todavía más monótona que las anteriores. Sí está regada de anécdotas personales, pero ya no es el recorrido el que las articula; una de ellas es la visita tras una larga cola en medio de la gélida nieve al mausoleo de Lenin. Además, es obvio que mucho de lo que cuenta no fue visitado. Describe a un Stalin como si lo conociera en persona, pero al citar sus fuentes no pasan de retratos y de toda la marea de propaganda que lo vitorea. Del mismo modo, hay momentos en los que se limita a repetir largas listas de cifras de proyectos oficiales soviéticos.

Se despide de la URSS de modo muy emotivo y nuevamente, como otros, apela al hombre soviético como redentor de la humanidad: “Adiós, Unión Soviética, madre de inmenso regazo, constructora incansable de la vida. Te he visto en invierno, pero vestida de primavera. Porque en tu tierra se ha instalado la primavera del hombre” (Varela,1950:369).

Tomemos ahora nuevamente a Ghioldi, pero en un viaje que realizó en 1956, 35 años después del que vimos antes. Es interesantísimo observar lo que ocurrió. “Me permitió ver con mis ojos y tocar con mis manos los incalculables progresos del gran país socialista” (Ghioldi, 1956:5). Tomó una región pobre, Uzbekistán, para su análisis. Su conclusión es explícita de entrada: que una provincia hubiera sido pobre bajo el zarismo no resulta de una inexorable fatalidad de la naturaleza, sino de la consagración de relaciones sociales bárbaras. Si se libra al país de la sujeción terrateniente e imperialista, dice, habrá creado las condiciones para un desarrollo igual de todo el país. Ilustra el caso para la Argentina con Catamarca, Santiago del Estero y La Rioja.

Tras la brevísima introducción se suceden fotos al mejor estilo de un folleto publicitario: el antes atrasado y el ahora moderno en Uzbekistán. Allí no se hace explícito esto, obviamente. Sobre la idea de que no hay atraso natural volverá siempre, y por ello Uzbekistán es el espejo para la Argentina.

Hacia 1953 una delegación cultural argentina partió a la URSS y de allí salieron catorce relatos de viajeros que son sorprendentes (AAVV, 1954). El más llamativo es el relato de Héctor Agosti, presentado allí como líder estudiantil de la Reforma universitaria de 1918. Es el más emotivo de todos los relatos. Cae en lugares comunes, es cierto, pero tiene cuestiones interesantes que lo entroncan con el hilo de los viajeros que venimos analizando. “Yo he visto corporizado en la URSS el sueño de los viejos humanistas” (AAVV, 1954:22), sostiene. Acá también tenemos esa mezcla de tradiciones romántica e iluminista de la que hablábamos antes. Los ensayos muestran facetas de la vida soviética. Berta perelstein de braslavsky, por ejemplo, describe el proceso educativo soviético como una unidad absoluta entre la vida y lo que ocurre en el instituto educativo, y lo inscribe en la tradición utópica, de la concreción de un ideal de una sociedad feliz. Deja claro que se trata de un sistema educativo muy original.

Por último, para cerrar, estos relatos rescaté unas cartas subidas a internet por el nieto de un hombre, un tal Cacho, un comunista convencido según su nieto, que viajó a la URSS y de donde salió el título de esta ponencia. Son cartas cortas, postales, con relatos de lo grandioso que está viviendo. Es una ventana a un mundo más íntimo. Son voces que también tuvieron su poder en crear el mito revolucionario. Las referencias son más chicas, y tienen el poder de la transmisión de algo de boca en boca. “Decile al Cola que el fútbol es inferior al nuestro. Nosotros le podemos ganar” dice Cacho. He aquí todo un retrato dejado por este hombre:

Te diré que no es un paraíso pero marcha a pasos agigantados, por ejemplo se ve el viejo Moscú con casas de maderas, pero enfrente los grandes Monoblocks de 8 y 10 pisos; en el Fug están haciendo dos, uno de 5 pisos 340 departamentos, este por cuenta del Sindicato, se utilizan para beneficio de los afiliados, no como nuestros Jerarcas; pero no solamente eso sino que el Estado construye, hay uno de 10 pisos con 600 departamentos. Nos dicen los Camaradas: vuelvan dentro de un año y no conocen más nada, es decir con este Plan Quinquenal.

Algunas cuestiones finales

Como dije antes, este trabajo es parte de uno mucho mayor. Aquí espero haber mostrado en qué medida los relatos de viajeros argentinos de izquierda que fueron a la Unión Soviética sedujeron o apelaron a otros compatriotas de una ideología afín y con ello construyeron una imagen de la revolución que funcionó relativamente bien hasta por lo menos mediados de la década de 1950 cuando, creo, tras el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, unido a la aparición de nuevas formas de difusión de los hechos, y los acontecimientos ocurridos en nuestro país, parte de la dinámica descrita aquí se vio alterada y se hace necesario apelar a nuevas explicaciones para dar cuenta de la imagen de la Revolución Rusa en las izquierdas.

Los relatos que vimos acá están jalonados por una doble dinámica: la política argentina y la internacional, sobre todo por aquello que ocurría obviamente al interior de la URSS. Son relatos que, más allá de muchos prejuicios y preconceptos que teñían el prisma con el que sus autores miraban los hechos, nos dan una imagen bastante acertada en parte de lo que ocurría en la URSS. Un ejemplo interesante es el de haber puesto el foco en las ciertas comodidades de la vida cotidiana frente a hechos un tanto atípicos, como las Grandes Purgas, que tanto han contribuido en Occidente a abonar la idea de un régimen totalitario sin más inflexión. La lectura de la realidad argentina que hicieron, por un simple efecto de contraste, los dejó sorprendidos, sobre todo al entusiasta Castenuovo, y tal vez hoy nos ayude a desnaturalizar los típicos prejuicios de la prensa o de Doña Rosa donde nuestro capitalismo encarna el paraíso (o, al menos, el bien) y el comunismo nada más que una horrible pesadilla.

Quisiera recordar que en este trabajo sólo miré una cara de la moneda. A la derecha, que bien activa estaba, casi no referí. Sólo di vueltas en torno a ese grupo en el cual la utopía parecía encarnarse desde un remoto mundo ideal, donde una utopía multifacética (económica, intelectual, política, social, etc.) era la puerta real a la felicidad, la vía a un

mundo de simplezas, de igualitarismo, de las relaciones sin mediaciones, del retorno a la naturaleza, que desterraría para siempre la pesada carga de los parásitos capitalistas.

Ni grandes letrados ni portadores de valiosas credenciales, ninguno de los autores que vimos se desilusionó, como lo haría André Gide o tantos otros. A excepción de Ghioldi, se dedicó de lleno a la política práctica. Todos, salvo Tedeschi en algunos puntos, pusieron el énfasis en la violenta discontinuidad con el pasado imperial. A todos, sin embargo, les resultó muy difícil, sino imposible, escapar de una lectura lineal y mecánica de la historia, donde el decurso de los hechos era obvio y donde parecía no haber más alternativas que el evidente triunfo del régimen. Nuevamente Castelnuovo es el ejemplo descollante y donde el fundamento de ello está en las mismas matemáticas.

Si en nuestro presente lo que digamos sobre la Revolución Rusa nos ubica en algún punto del arco político, en aquél entonces esto era aún más notorio.

Bibliografía

AAVV (1954), *Al encuentro de dos culturas. Primera delegación cultural argentina a la URSS*. Buenos Aires: Instituto de Relaciones Culturales Argentina-URSS.

Adamovsky, Ezequiel (2007), “Sensatez y sentimientos en la cultura de izquierda”, Adamovsky, Ezequiel (autor, compilador), *Más allá de la vieja izquierda. Seis ensayos para un nuevo anticapitalismo*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 31-62.

Baczko, Bronislaw (1991), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Castelnuovo, Elías (1933), *Yo vi en Rusia (Impresiones de un viaje a través de la tierra de los trabajadores)*. Buenos Aires: Icaño.

Cacho, (1956), *Cartas personales*.

<http://nosomoscodrilos.blogspot.com.ar/2009/07/cartas-del-abuelo.html>. Consultado en mayo de 2012.

Davis, James Colin (1985), *Utopía y la sociedad ideal. Estudio de la literatura utópica inglesa, 1515-1700*. México D.F.: Fondo de Cultura Económico.

Ferro, Marc (1967), *La Révolution Russe de 1917*. París: Flammarion.

Ghioldi, Rodolfo José (2007 [1921]) “El viaje”, Saítta, Sylvia (selección), *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ghioldi, Rodolfo José (1956), *Uzbekistán, el espejo*. Buenos Aires: Fundamentos.

Gramuglio, María Teresa (2001), “Posiciones, transformaciones y debates en la Literatura”, en Cattaruzza, Alejandro (compilador), *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Istrati, Panait (c.1930). *Rusia al desnudo. Tomo II*. Uenos Aires: Las Grandes Obras.

Kotkin, Stephen (1997), *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization*, Berkeley: University of California Press.

Paredes, Rogelio (2004), *Pasaporte a la utopía. Literatura, individuo y modernidad en Europa 1680-1780*, Buenos Aires: Miño y Dávila.

Ponce, Aníbal (2007 [1938]), “Visita al hombre del futuro”, Saítta, Sylvia (selección), *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Rudnitzky, León (2007 [1928]), “Rusia: la verdad de la situación actual del soviét. Impresiones recogidas por un enviado especial de Crítica a la tierra de Lenin”, Saítta, Sylvia (selección), *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Saítta, Sylvia. (2001), “Entre la cultura y la política: los escritores de izquierda”, Cattaruzza, Alejandro (compilador), *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Saítta, Sylvia (2007), *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sarlo, Beatriz (1988), *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Seed, Patricia (1991), “Failing to Marvel: Atahualpa’s encounter with the Word”, *Latin American Research Review*, Pittsburgh PA: Latin American Studies Association. pp.7-32.

Skinner, Quentin (1993), *Los fundamentos del pensamiento político moderno I. El Renacimiento*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Tedeschi, Virgilio (1935), *Tres semanas en Rusia. Impresiones de un viajero*. Buenos Aires: Anaconda.

Varela, Alfredo (1950), *Un periodista argentino en la Unión Soviética*, Buenos Aires: Viento.

Weinberg, Félix (1976), *Dos utopías argentinas de principios de siglo*. Buenos Aires: Solar/Hachette.